
Sujetos y movimientos para otra mundialización

Julio Gambina*

Es evidente que la crisis capitalista de mediados de los años '70 promovió una serie de modificaciones en el funcionamiento de la economía en el ámbito mundial. La necesidad de encontrar rentabilidad para los capitales excedentes motorizó una serie de presiones para reducir o directamente eliminar barreras a la circulación internacional de mercancías y particularmente de dinero. Desde la verificación en la caída de la tasa de ganancias en la segunda parte de los '60 y la crisis financiera manifestada con la inconvertibilidad del dólar en 1971 y el reciclaje de los petrodólares derivados de la crisis energética-petrolera durante esa década, la situación de la economía mundial se ha tornado inestable y ha alentado un movimiento gigantesco de acumulación de capitales a partir de la circulación de dinero.

La inestabilidad se ha expresado de diversas formas y adquirió relevancia sobre el final de la década del '90 con los detonantes en México, en 1994; Asia, en 1997; Rusia, en 1998; Brasil, en 1999; y, más recientemente, en Estados Unidos en el año 2000, poniendo en duda la extensión del ciclo largo de crecimiento por el que atraviesa la propia economía norteamericana. Pese a los elementos de crisis registrados en Nueva York, las señales que se derivan de ese mercado de concentración de capitales (Wall Street, Nasdaq) influyen decididamente en cualquier recinto de negociación en el ámbito mundial. Más aún en aquellos países

* Integrante del Grupo de Economía Internacional de CLACSO y coordinador del Comité de Coordinación de ATTAC-Argentina.

que vinculan subordinadamente su actividad económica al área de influencia del dólar. América Latina es una de esas regiones. Se trata de una aseveración que pone en cuestión la capacidad de decisión soberana de las naciones y que consolida la imagen que afirma la tendencia a la mundialización.

Y no se trata de cualquier mundialización, sino de un proceso que tiene su epicentro en la circulación de dinero por canales lubricados con base en la moderna tecnología del satélite, el cable, la red Internet y la computación. Se estima que la circulación diaria de dinero alcanza ente 1,5 y 2 billones diarios. Son montos muy elevados con relación a la circulación de bienes y mucho mayores al crecimiento de la producción mundial. Entre mediados de los '70 y los '90, la exportación de bienes y servicios pasó del 12% al 17% del PBI mundial, con un multiplicador de entre 2 y 3; el flujo mundial de Inversión Extranjera Directa pasó de 28.000 millones de dólares a 318.000 millones, con un multiplicador mayor a 10; en el mismo período el intercambio diario en los mercados de cambios pasó de 15.000 millones de dólares a 1,3 billones, con un multiplicador de casi 90.

La aceleración del volumen de operaciones y la extensión de mercados en la última década del siglo XX se vincula a la desarticulación del bloque socialista en el este de Europa y a la generalización de políticas de ajuste estructural y apertura y liberalización económica en América Latina, Asia, Africa y en la propia Europa del Este. Esa dinámica de la economía empujó una presión política por desregular los mercados, abrir las economías locales y organizar un soporte jurídico que asegure las inversiones en el ámbito mundial. En ese espíritu actuaron sobre los gobiernos los organismos financieros internacionales y los distintos foros de articulación de las políticas de los países más desarrollados, como el G7 o la OCDE. Por eso no sorprende que en este último ámbito se trabajara secretamente el abortado AMI (Acuerdo Multilateral de Inversiones), que era un verdadero código de impunidad para dar seguridad jurídica a las inversiones internacionales. Dichas aspiraciones se procesan hoy en la burocracia de la OMC.

América Latina ha sido tributaria de estas políticas mediante el endeudamiento externo, proceso impulsado en los años '90 al amparo de las políticas enunciadas en el Consenso de Washington. El flujo internacional de inversiones ha sido también muy importante en estos años, constituyéndose en una región privilegiada para el destino de las inversiones. Endeudamiento e inversiones en crecimiento han servido en la región para consolidar un cuadro extendido de desigualdad, extensión de la pobreza y concentración de la riqueza.

¿Crisis o regulación?

El cuadro de crisis en el capitalismo pone en discusión el orden que se ha ido construyendo en el mundo en el último cuarto de siglo. Es destacable que este he-

cho evidente no resulta sólo de analizar las variables de la economía, sino de la visibilidad del problema logrado por la extensión de protestas globales de diferentes movimientos populares y que hacen eclosión en los principales centros financieros y del poder económico en Europa y Estados Unidos. En toda esa variedad organizada del movimiento social aparecen reivindicaciones que rechazan la invasión de productos transgénicos, el costo social derivado del pago de las deudas de los países y la impunidad de los inversores y corporaciones transnacionales. No se trata de demandas locales, ya que su resolución exige el reordenamiento de las reglas en escala global y representan la intervención de una variable, la lucha popular, que incide habitualmente en las tendencias de la valorización de los capitales, pero que habitualmente es ocultada. La protesta social requiere ser acallada o escondida, como forma de aminorar el potencial riesgo del inversor.

Entre muchas consignas y propuestas se destaca el rescate de la Tax Tobin, ya que afecta al núcleo crítico de la forma actual que asume la acumulación: el movimiento internacional de capitales. El economista James Tobin elevó su proposición cuando aún no se había alcanzado el gigantesco festival que se avizora actualmente en las transacciones de dinero. De la propuesta original a la que se asume en nuestros días, mucho menor, y del orden del 0,1% sobre las operaciones de cambio, se estima una posible recaudación de entre 100.000 y 200.000 millones de dólares por año. Cifras suficientes para atender cuantiosas necesidades de los sectores más empobrecidos en todo el mundo. Se trata de una medida fiscal que pareciendo simple agrega complejidad a la situación actual, ya que implica obstaculizar la esencialidad del funcionamiento de la economía capitalista.

Originalmente pensada para regular el incipiente movimiento internacional de capitales, hoy se plantea como un obstáculo a la principal forma de acumulación. La estimulación a la circulación internacional de dinero inducida por la oferta mundial de empresas estatales, el lavado de dinero, los paraísos fiscales, el contrabando, el negociado con armas y drogas, la administración de fondos de pensión, los mercados a futuro, sumados todos ellos a la especulación inmobiliaria, comercial y financiera, han significado en su desarrollo una estructura del poder económico mundial que requiere la profundización del entramado jurídico, político e ideológico para su sostenimiento. Al mismo tiempo, ello ha sido posible sobre la base de condenar a millones de personas a la sempiterna explotación bajo diversas formas de la marginación, desde la pérdida del empleo a las formas más crueles de la indigencia. El acrecentamiento de la brecha de ingresos elimina masivamente estratos del consumo y recrea la búsqueda mundial de mercados solventes, elevando las exigencias de una competitividad que demanda una veloz carrera por disminuir costos de producción. De ese modo, el salario en primer lugar y los gastos sociales del estado en segundo, disminuyen para favorecer la meta rentable de los capitales mundializados.

La continuidad del mecanismo que asume hoy la rentabilidad condena a las recurrentes crisis de valorización. Sin capacidad de estabilizar el ciclo de acumulación

y de reproducir el sistema de valorización y de dominación con consenso social, la respuesta es crecientemente la represión, asumida tanto por los estados nacionales como por el propio sistema de empresas y los “mercados” propiamente dichos. La tendencia general a la disminución del salario se explica por la presión ejercida de un gigantesco ejército de reserva, poblado por informales, desempleados y subempleados, precarios y flexibilizados. Por eso, la contracara de la eterna crisis es la obstaculización de la “norma” de funcionamiento del capitalismo. El establecimiento de un impuesto al movimiento internacional de capitales actúa en ese sentido.

Se trata de una medida que debe aplicarse en el ámbito de cada país, de zonas o regiones y, por supuesto, a escala mundial. La voluntad nacional es imprescindible para instalarla en un conjunto de países. Es difícil que el Mercosur o Latinoamérica asuman la Tax Tobin si no existe fuerte decisión de impulsarla en alguno o algunos de los países de la región. Menos posible aún extenderla a otras regiones si no se consolida una presión internacional. Algunos países en Europa (Francia) o en América (Canadá) lograron discutir parlamentariamente el tema y, de ese modo, han contribuido a su instalación en la agenda de discusión. El tema llegó al Parlamento Europeo. El éxito legislativo es escaso y, sin embargo, la instalación del tema en la agenda de discusión constituye un mérito no menor.

Propuesta y masividad articulada

Con la masividad de la crítica callejera hacia el FMI, el BM y las políticas hegemónicas aplicadas en casi todo el mundo, la oferta de una propuesta concreta para empezar a desarmar el orden constituido y generar a la vez recursos para resolver demandas sociales insatisfechas aparece como una expectativa para pensar un mundo diferente. Insistimos en la articulación de una propuesta y la masividad movilizada, por ser una mezcla disociada en los últimos años ante la pérdida de un imaginario popular que por décadas estuvo sostenido en la idea del socialismo. Los años ‘90 nos llevaron más atrás de 1910, para colocarnos más cerca del escepticismo de la larga noche sin esperanza de la sociedad del atraso, el feudo y la esclavitud.

La experiencia de construcción de la nueva sociedad durante el siglo que se va tuvo molde nacional. Es que el tiempo histórico de la misma se desarrolló en un tiempo de excepción que se manifestó como privilegio a las políticas de desarrollo fronteras adentro. La ruptura de las barreras nacionales, tendencia que se afirma más allá del proteccionismo en los países capitalistas más desarrollados, devuelve al capitalismo a su expansión internacional y recrea las antiguas aspiraciones de pensar a la humanidad integralmente. Ello impone desatar el nudo que ata la mundialización a la satisfacción de riquezas, ganancia y poder de una porción minoritaria de la población mundial y generar un orden social que atienda la satisfacción de las necesidades sociales insatisfechas.

La propuesta de una Tax Tobin que asume la red ATTAC (Asociación por una Tax Tobin de Ayuda al Ciudadano), surgida en Francia hace escasamente dos años (junio de 1998) y extendida por todo el mundo (en Argentina desde 1999), es el comienzo de un programa de reestructuración de la economía mundial que se suma a las demandas contra el pago de la deuda externa en los países del llamado Tercer Mundo, contra los paraísos fiscales y el lavado de dinero y las diversas formas que asume la especulación capitalista de nuestros tiempos. ATTAC se propone como una organización de estudios y movilización, para conocer la realidad y transformarla. Reconoce una amplitud plural en su conformación, conteniendo en su seno a todos aquellos que aprueben sus declaraciones y plataformas, aunque entre sus integrantes convivan expectativas diversas sobre los alcances de dicha organización y sus contenidos.

ATTAC contiene desde las aspiraciones contra la especulación y por una reforma al capitalismo, hasta quienes sostiene un proyecto anticapitalista y por el socialismo. Si eso puede generar contradicciones a futuro, sólo puede ser develado por la historia. Lo importante es constituir sujetos que, comprendiendo la realidad de concentración, explotación y exclusión del capitalismo realmente existente, hayan decidido profundizar los estudios del tiempo contemporáneo y generar las condiciones sociales y políticas para su transformación. Alguna vez dijimos que el mayor mérito de la hegemonía política instalada en el último cuarto de siglo apuntó a desarticular sujetos, y por ello reconstituirlos pasa por ser una tarea estratégica. Claro que ello no niega múltiples ámbitos de constitución de sujetos en el movimiento social y político, en el sindicato y en el partido político. Simplemente aludimos a una forma que se ha generalizado en los últimos tiempos y que aún resulta prematuro identificar, y donde ATTAC es sólo uno de los movimientos globales entre tantos que se manifiestan desde Seattle a Washington, desde París a Ginebra, o desde Río, pasando por Santiago de Chile, Montevideo, Rosario o Buenos Aires.

Programa para otra mundialización

Pensar en términos alternativos pasa por construir una subjetividad que reclame un nuevo orden mundial y que recupere la soberanía de los pueblos. Alguien sostuvo la oportunidad de rescatar la negatividad como paso necesario para instalar una cultura “pro” o “a favor de”. Partiendo del “no” es que se deben obstaculizar, frenar y eliminar todos los mecanismos y formas que asume el funcionamiento de la sociedad contemporánea. Eso apunta al sistema de decisiones internacionales que hoy expresan el G7 y los organismos financieros internacionales. Promover la aplicación de una regulación al movimiento internacional de los capitales al estilo del Impuesto Tobin apunta en ese sentido. Es una propuesta a favor de un tributo para negar la continuidad del esquema actual de producción si-

multánea de ostentación y riqueza por un lado, y de explotación, miseria y exclusión por el otro. La reestructuración sugerida en el sistema de decisiones en el ámbito mundial reconoce como antecedentes la práctica social cada vez más extendida de las contra-cumbres y la multiplicidad de reuniones de articulación de demandas de movimientos diversos y programas similares.

Entre los asuntos concretos que contiene un programa mundial de reivindicaciones de los pueblos se encuentran las cuestiones de clase, de género y de minorías, medioambientales y culturales. Tienen que ver con la demanda de empleo y mejoras de ingresos, la satisfacción de la educación, la salud y la vivienda para todos. Hablan de la anulación de las deudas externas y del cumplimiento con las deudas sociales internas, entre otros, de la infancia, la mujer y la vejez, de los trabajadores y todos los afectados por la crisis y el modo de valorización actual del capital. ¿Es posible obtener recursos para satisfacer una demanda que contenga a los dos tercios de la población mundial? Queremos insistir en que con el Impuesto Tobin puede contarse inicialmente con una importante suma. A ello deben adicionarse otras formas del control sobre el poder económico, y entre ellas se destaca la propuesta de bregar por una tributación que afecte los ingresos de las corporaciones transnacionales por el conjunto de sus operaciones, con indiferencia del territorio en que pudieron haberlas obtenido.

Es cierto que ambas propuestas fiscales reconocen una dificultad, que se concentra en quién asume la responsabilidad de la recaudación y de la asignación de los fondos. Para ser coherentes con nuestros planteos debe asumirse que no existe actualmente ese ámbito y que el mismo debe construirse. No puede quedar en manos del sistema internacional en su actual configuración, porque ha demostrado ser un instrumento de la ingeniería de poder económico mundial existente. Ni el FMI, ni el BM y menos la OMC pueden atribuirse el papel de agentes de recaudación y distribución de los impuestos sugeridos y otras iniciativas de confrontación con el poder, siendo necesario continuar el camino de los múltiples encuentros y cumbres alternativas que puedan abrir paso a un sistema de consultas y toma de decisiones para una mundialización que rescate la soberanía de los pueblos y asegure condiciones de vida dignas.